

El miedo y la violencia: un espacio para el goce estético

Escrito por: **Jeannette Sánchez-Naranjo**

El mundo de la violencia y el miedo
no están reñidos con la poesía.[1]

La lectura de un texto implica un trabajo hermenéutico por parte del lector que debe asumir los procedimientos y las marcas discursivas evidenciados en el mismo; su actualización, y la construcción de una interpretación final que no se percibe como última o acabada. En efecto, el acercamiento a un texto, no exclusivamente verbal, se constituye en un proceso complejo de construcción de sentidos en el que se infieren, a partir de lo implícito y lo explícito, las relaciones que el autor ha establecido entre los diversos elementos incluidos en él. Ése, en otras palabras, es el propósito de este breve documento. Se busca lograr una aproximación a un texto fílmico, *Amores perros* (2000), posando la mirada en un aspecto específico que lo caracteriza: la violencia y sus formas de representación.



En la película dirigida por Alejandro González Iñárritu, la violencia ocupa un lugar destacado porque lo impregna todo y se convierte en punto de referencia fundamental a la hora de comprender el texto y valorarlo, en el momento de 'leerlo' y construir sus significados. Este elemento no sólo es protagonista sino que se utiliza como uno más de los recursos formales explícitos en la obra. En este sentido, se apropia de un espacio-tiempo, provoca reacciones perceptivas sensoriales inmediatas y otras de más largo plazo, ayuda a enriquecer las posibilidades de significación de la película, y desencadena "constelaciones de conceptos" a la manera de Adorno.

En efecto, la violencia como recurso formal explícito se vale de hechos en los cuales se evidencia el ejercicio del poder en todas sus dimensiones: la relación de Octavio y su hermano, la relación de Susana y su esposo, el momento del secuestro, la golpiza a Octavio por parte de su hermano, las peleas de perros, entre otros. Estas diversas formas de imposición están asociadas con materiales concretos como la sangre, la suciedad, el desorden, el desecho, y el dinero, entre otros; materiales que por sí solos no se relacionan con elementos violentos, pero cuya disposición y uso en torno a estas acciones en el texto audiovisual aportan nuevos sentidos al proceso interpretativo y ejercen un efecto sobre el espectador. La sangre que salta de repente sobre la comida en el momento en que "El Chivo" dispara a la espalda de un ejecutivo es algo que se asocia de manera inmediata con el asesinato. Así pues, en su 'reorientación' y posicionamiento en una nueva urdimbre de relaciones, tales materiales quedan revestidos de nuevos significados asociados a conceptos abstractos como el dolor, la ira, el abuso, la deslealtad, la angustia, el miedo, la autoridad, entre otros, que permitirán ir construyendo el 'sentido de lo violento'.



Esta construcción, sin embargo, se somete a dos técnicas fundamentales que, a mi modo de ver, constituyen la forma en que se representa la violencia en este texto fílmico y la relacionan con el sentido del goce estético. Ellas son la sorpresa y la reiteración. La primera suscita un interés en el espectador en tanto se presenta algo inesperado, es una provocación. El accidente en la escena inicial, el primer enfrentamiento de los perros, el asesinato que comete “El Chivo”, y el perro herido son algunos ejemplos de ella. La segunda produce redundancia e intrascendencia del hecho observado. Las palizas entre Octavio y su hermano, los diversos robos, las diferentes peleas entre los perros, y la muerte de los mismos, entre otros actos, evidencian lo anterior. Así pues, la atracción originada por la sorpresa inicial se pierde en la repetición, y esta última produce un efecto significativo en los hechos violentos: les resta intensidad y emotividad convirtiéndolos en un acto de representación teatral.

En este sentido, González Iñárritu logra dos resultados interesantes: distanciar al espectador y ubicarlo frente a un espectáculo que le produce placer. El distanciamiento evita una participación emotiva con los personajes de la obra, neutraliza la empatía que se pueda sentir por los mismos y sus diversas situaciones y, así, el texto se constituye en figuración, en mera representación frente a la cual el espectador ‘contempla’ y goza de las diversas imágenes que se le presentan. En efecto, no existe compromiso en esta contemplación. Se asiste a una ‘puesta en escena’ en donde se consideran las formas desde la perspectiva artística o creadora. La violencia, por tanto, afecta el modo en que la percibimos. El secuestro que realiza “El Chivo” es una clara muestra de ello. Nos produce deleite la forma inteligente en que se representa este tipo de coerción y cómo se soluciona en la parte final de la película, pero el

secuestro como tal, como una forma de ejercicio del poder, del abuso frente al otro, se banaliza.

En el transcurso de la película, se observan varias escenas que evidencian esta forma de representación de la violencia. Una de las más impactantes, a mi juicio, corresponde a la primera escena en donde chocan los dos autos. Ésta no sólo se presenta de manera sorpresiva al comienzo de la obra, sino que se repite en tres ocasiones diferentes durante la misma. Adicionalmente, con cada repetición, se permite un acercamiento gradual al accidente, poniéndonos en el papel de vyeristas y, como tales, disfrutando con la posibilidad de irrumpir en la vida de otros seres sin ser vistos. En efecto, lo humano se deshumaniza y se evita, así, cualquier posible proceso de identificación personal para convertir al otro o los otros en objetos de placer, en este caso.



El placer que la representación de la violencia provoca y el goce estético que con motivo de semejante representación puede producirse se convierte, así, en la condición legitimadora de la violencia que se inicia como un recurso y se transforma en un factor esencial de la película. En efecto, no sólo el cine sino también la literatura y el arte han visitado los territorios de lo sádico, la violencia, lo abyecto y han sabido crear arte con ello. Cuerpos mutilados, sangrientos, historias donde campea la crueldad, el crimen, lo repugnante, lo violento. Ese parece ser el camino elegido por González Iñárritu para delitarnos.

CITA

[1] Eduardo Alvariza, Rojo del cielo y otros cuentos. Santiago de Chile: Cal y Canto, 1994.

Ficha fílmica

GONZÁLEZ IÑÁRRITU, Amores perros, México, 2000, 153 min.